En torno a Menéndez y Pelayo

Menéndez y Pelayo, de quien quiero hablar hoy, nos ha dado el ejemplo de una amplia comprensión literaria. Las obras completas del maestro están ahora en publicación. Dirige esta reimpresión uno de los discípulos de Menéndez y Pelayo: el señor Bonilla San Martín. ¿Leen en América, en la Argentina, los escritores jóvenes a Menéndez y Pelayo? Leerán seguramente a Sainte-Beuve, y es de aplaudir esa lectura, pero Menéndez y Pelayo es otra cosa. Y deseo decir, ante todo, que el tamaño de la nueva edición de Menéndez y Pelayo no me parece bien; el tamaño de folio es propio de biblioteca, pero no a propósito para ser traído y llevado en lectura continua. Y Menéndez y Pelayo no es un autor muerto; su prosa y sus obras están vivas, y su estilo, admirable, es como un venero donde hay que ir constantemente en busca de riqueza. Pero, ¿cómo llevar en el bolsillo un infolio? Se lleva un volumen de Sainte-Beuve o de Lemaitre (volúmenes en 8.º); pero si queremos leer en un viaje, en el paseo a Menéndez y Pelayo, hemosde traer en la mano un ancho y pesado volumen. Es un error, por tanto, esa edición en la forma adoptada. Vale tanto esa edición como confinar al maestro en una biblioteca, solo para uso y goce de los eruditos. Y si exíste modernamente en España una prosa viva, enérgica y espontánea es la de Menéndez y Pelayo.

Ya que se ha cometido ese error—que redundará en daño del maestro—habría que paliarlo de algún modo; convendría a ese fin publicar una colección de páginas escogidas de Menéndez y Pelayo. De todos los escritores antiguos y modernos se han hecho en Francia antologías tales. Conocidas son las colecciones de Armando Colin, Hachette y «Mercurio de Francia». Hay en España necesidad urgentísima de una antología de Menéndez y Pelayo. La Biblioteca Menéndez y Pelayo, de Santander, está obligada a publicar ese libro... si es que antes algún espléndido español de América no lo hace y se lo regala a la madre patria. ¡Uno de los más grandes escritores españo-

les, profundamente castizo, no va a poder ser leído sino en las bibliotecas! ¡No podremos saborear una página de Menéndez y Pelayo, que tan adentro ha llegado en su amor a España; no podremos leer una página de Menéndez y Pelayo en una vieja ciudad ante un bello paisaje! ¡Qué enorme, formidable error el de los editores de la nueva edición! Hagamos, pues, la antología; escojamos las páginas más delicadas y españolas del maestro y publiquémoslas en un elegante volumen. Pongamos cuidado y escrupulosidad en la formación de este volumen. De todas las antologías citadas, merecen predilección las publicadas por el «Mercurio de Francia». Pueden ser tomadas como modelo. Llevan todas una corta introducción (firmada por un escritor prestigioso) y luego, al final, una bibliografía escrupulosa, fragmentos de críticas que se han hecho del autor, lista de los libros en que se puede estudiar a dicho autor y relación de revistas y periódicos en que se han pnblicado trabajos y artículos dedicados a él; finalmente, se pone también una iconografía o mención de todos sus retratos, fotográficos o pictóricos. En la misma forma habría que hacer la antología de Menéndez y Pelayo. Una gran severidad sería necesaria para realizar esa obra. Y digo esto porque se tiene la idea absurda de que las críticas adversas que se han hecho de un autor ilustre deben ser calladas y olvidadas. Bonilla San Martín, por ejemplo, en la excelente monografía dedicada a Menéndez y Pelayo (Madrid 1914), al bar una lista, muy completa, de lo que sobre Menéndez y Pelayo se ha escrito, calla los artículos o libros en que se hace crítica un poco dura del maestro. No se procede así en Francia, donde por cierto el culto a los grandes autores es más vivo y fervoroso que en España. El procedimiento es contraproducente. Porque no puede ver el lector la trayectoria que el prestigio de un autor ha seguido a lo largo del tiempo. El Greco en pintura es un artista peregrino, excelso; Cervantes lo mismo en las letras. Y cuando se estudia al Greco o a Cervantes tal vez lo más interesante es conocer los juicios adversos o desabridos que respecto de estos artistas se han formulado; el juicio de Felipe II respecto del Greco, o el de Gracián, en su «Criticón», respecto de Cervantes.

En la bibliografía que acompaña a la colección de páginas de Menéndez y Pelayo habría que citar, sin miedo ninguno, fragmentos de los de los juicios poco favorables que se han publicado acerca del maestro. No empecería eso a la gloria de Menéndez y Pelayo. La

controversia es la vida de los grandes autores. ¡Cuánto en Francia, se habla en pro y en contra de Racine, de Pascal, de Montaigne! ¿Se concebiría en España un libro sobre Cervantes o Menéndez y Pelayo, como el que Guillermo Guizot publicó sobre Montaigne? Y Guizot cuenta que era apasionado admirador de Montaigne. Y su libro, publicado por el editor Hachette (no es libro propiamente, sino apuntes y notas que el autor recogia para un libro); y su libro, en su más reciente edición, va autorizado por un universitario y académico de la nombradía de Faget. Recientemente, con motivo del tricentenario de Pascal, ¿no se ha discutido a este gran autor? ¿No se han formulado juicios favorables y juicios adversos? Es un crasísimo error el de los amigos de Menéndez y Pelayo el querer—piadosa y noblemente , desde luego—preservar al maestro de la discusión y del contraste. Y los beneméritos eruditos que se hallan al frente de su biblioteca y publican un excelente boletín, no conocen el verdadero interés de la fama del maestro contestando, como contestan, destempladamente a quien se aventura a formular hablando de Menéndez, alguna opinión heterodoxa. Más daño que esa ligera opinión puede hacer—y desgraciadamente, hará—la forma inmanejable en que sus obras se están ahora publicando.

D. Marcelino Menéndez y Pelayo ha sido un entendimiento vasto y un admirable prosista. Ha valorizado—como Sainte-Beuve—muchedumbre de autores que estaban injustamente olvidados. Tenía Menéndez y Pelayo finísima sensibilidad. Pero España no es Francia. En Francia, el trabajo de erudición estaba hecho ya al advenimiento de Sainte-Beuve (o lo hacían. por separado, otros escritores); en España, Menéndez y Pelayo tuvo, él solo, que hacerlo todo: fué a la vez, un artista, como Saninte-Beuve, y un investigador como Gastón Paris, La prosa es más recia, más pintoresca, más exaltante, que la de Sainte-Beuve; la de éste es más fina, más penetrante, más suave. La tierra y el paisaje son otros en España. Viendo los retratos de Sainte-Beuve y de Menéndez y Pelayo se adivinan las cualidades distintas de uno y otro. ¡Cuántas pequeñas perfidias hay en las omisiones, en las notas aclaratorias (notas de las reediciones) de los «lunes» y los «retratos», de Sainte-Beuve! ¡Cuánta finura... felina! Nada de esto existe en Menéndez y Pelayo, La visión es noble, franca, digna y si se quiere ruda. Pero e otros rasgos del maestro salen, a veces, por diez páginas de salvedades, tornasoles y perfiles del escritor francés.

Tuvo una comprensión amplia de la literatura Menéndez y Pelayo. Cuando algunos jóvenes escritores de ahora afirman que un crítico no debe hablar sino de determinados autores, olvidan el ejemplo nobilísimo de Menéndez y Pelayo... y el de Taine, y el de Lamaitre, y el de Anatole France. Menéndez y Pelayo, que había consagrado su vida a los grandes autores, no ha tenido inconveniente en hablar, en prólogos y artículos, de escritores como Bustillo, Polo y Peyrolón. Casimiro Collado, P. Restituto del Valle, Marqués de Molins, etcétera, etc. Y Taine (véanse los dos libros de Giraud), Taine ha hablado de Edmundo Aboud, Camilo Selden, Bertrand, etc. Y con entusiasmo de las novelas de Héctor Malot.

Y si cogemos al azar un volumen de «Los contemporáneos», de Lemaitre; o de «La vida literaria», de France, veremos que al lado de grandes autores se habla de escritores modestos, estimables. La literatura es muy ancha y varia. Todo es Francia y todo es España. Y yo les digo a mis camaradas de España; amamos todos a América; sentimos todos viva simpatía por las repúblicas americanas; deseamos que nuestros libros se lean en América y por aquellos ámbitos se difundan. Pero mientras nos pasemos la vida mordisqueándonos unos a otros excomulgando los que se tienen por selectos a los que reputan que no lo son, no conseguiremos nada, absolutamente nada, y los americanos seguirán leyendo los libros de Francia o de Italia, y no los de España.

Una cosa es la crítica adversa, pero fundada, razonada—siempre útil—y otra es el insulto el improperio.

AZORÍN.

* * *

Este artículo de Azorín fué publicado hace algunos meses en La Prensa, *el conocido diario de Buenos Aires, y nos ha parecido que debíamos reproducirlo para cumplir un acto de justicia.*

En el número del BOLETÍN *correspondiente a los meses de noviembre-diciembre del año 1921, con ocasión de rectificar una cita equivocadamente copiada por Azorín en un artículo de* A B C, *decíamos de este escritor que* hace tiempo padece la obsesión de escribir frases desdeñosas sobre Menéndez y Pelayo.

Las páginas que reproducimos nos demuestran cuán peligroso y expuesto a errores puede ser, juzgar del pensamiento y las ideas de un autor por frases incidentales.

Añadiamos en aquella brevísima nota: «nuestra admiración por el Maestro no nos lleva a creer en su infalibilidad, y vemos con agrado que sus ideas y noticias se discutan, comenten y hasta se combatan; indicio de que su obra sigue en pie, como el eje central de la crítica literaria española». No pretendemos por lo tanto preservar a Menéndez y Pelayo de la discusión y del contraste, y si había alguna destemplanza en aquellas líneas, con estas que ahora escribimos, deseamos borrarla y hacerla olvidar por completo.

Mucho nos halaga que Azorín haya coincidido, abogando por la publicación de una Antología de Menéndez y Pelayo, con un proyecto que hace años, por iniciativa de uno de sus miembros más ilustres, acarició y trató de realizar la Sociedad.

La Antología que intentábamos publicar, estaba escogida y formada de manera, que venía a ser una metódica Historia de la literatura española, escrita por Menéndez y Pelayo. No es ocasión de explicar los inconvenientes que malograron esta empresa, de la cual sin embargo, no hemos desistido. La bibliografía del Maestro y su iconografía, como en las antologías del Mercurio de Francia, *en los Apéndices del volumen estarían muy en su lugar y también podría escogerse un ramillete de críticas con que cerrarlo. Penosa labor habría de ser el reunir las críticas adversas, no porque no las haya ni por respeto al Maestro; sino por consideración a ciertos escritores. A Menéndez y Pelayo se le ha combatido sobre todo, por sus ideas religiosas; unos le han tratado poco menos que de hereje y otros de reaccionario empedernido. Estas críticas fanáticas nos hacen reir hoy y deforman la figura del escritor contra quien se lanzan: están bien enterradas y a nada conduce exhumarlas.*

De Menéndez y Pelayo como crítico, como historiador de la literatura, no conocemos ningún libro, ningún folleto fundamental, que le sea adverso en absoluto. Conocemos, es claro, muchas frases y muchos juicios francamente adversos, escritos como de pasada, en artículos y folletos. Hemos leído en un libro publicado no hace muchos años uno de estos juicios y en los Apéndices del mismo libro una noble rectificación... ¿Habriamos de recoger todo esto como crítica adversa?

El tamaño de las Obras completas lo fijó D. Marcelino, que alcanzó a ver publicados dos tomos de esta edición. No sobraría otra de las Obras completas en tamaño de 8.º si bien en este tamaño están impresos y se reimprimen cuando se agotan, treinta y tantos volúmenes

(Ideas estéticas, Antología de poetas líricos, Horacio en España, Estudios de Crítica literaria...) No estará de más, acaso, advertir que ni la Biblioteca ni la Sociedad de Menéndez y Pelayo intervienen en esta edición de las Obras completas. Por lo demás no hay que decir cuán atinadas nos parecen las observaciones que apunta Azorín, con aguda crítica, sobre la obra del Maestro y cuánto celebramos el que un escritor que tanto influye en un público numeroso y culto de lectores hispano-americanos estudie, propague y atraiga las miradas inteligentes, pero distraídas y desorientadas de muchos, hacia los libros de Menéndez y Pelayo, venero donde hay que ir constantemente en busca de riqueza.

La Redacción.